

el del pago del diezmo, y una escrupulosa observancia de las leyes vigentes. En esto Pitt era un reformista cual no quería entonces consentirlo el pueblo inglés.

Suprimir las aduanas no convenía al comercio de Inglaterra; la Iglesia no quería renunciar al diezmo; las clases dominantes no querían reforma liberal alguna, los tories irlandeses se oponían por su parte á toda nueva extensión del sufragio, y en las Cámaras inglesas no se quería suavizar la situación de los



GUSTAVO III REY DE SUECIA

de la Revolución francesa quien para prevenir los efectos de la propaganda revolucionaria en Francia se constituyó en apóstol de la emancipación de los católicos. Burke empleó en esto toda su energía y desde 1792 se abrió para Irlanda una nueva marcha política.

Principió por constituir á su hijo Ricardo en Dublín para abogado del Comité general de los católicos, pidiendo resueltamente para éstos, á Pitt y á Dundas, una progresiva extensión de derechos políticos. De esta suerte, decía, se hará de los irlandeses súbditos fieles y la propaganda revolucionaria sólo se apoderará de cuatro malas cabezas. Burke logró imponer su política no sólo en el seno del gobierno inglés, sino en el seno mismo del gobierno de Irlanda, pues las cámaras irlandesas lo mismo que el virey eran adversarios resueltos de su políti-

católicos. Pero llega la Revolución francesa y á su influjo aparecen los clubs republicanos que fundan los protestantes disidentes; los liberales en masa piden la emancipación de los católicos, y el bajo pueblo exasperado por su eterna miseria y por la propaganda más descabellada, hija ó reflejo de la propaganda anárquica de los demagogos franceses, se entregó á toda clase de excesos.

Urgía, pues, poner remedio y este vino de donde menos podía esperarse. Fué Burke el gran enemigo

ca. Ganadas las voluntades la reforma comenzó por la abolición de las leyes en vigor contra las escuelas católicas y los matrimonios mixtos; á esta ley siguió otra que abría á los católicos la entrada á los altos y bajos puestos de la Administración pública, á la marina, etc., y se les concedió el derecho de sufragio en los condados, si bien mediante un fuerte censo. Esto, sin embargo, no era más que un paso, pues continuaban los católicos excluidos de las funciones políticas, lo mismo en las esferas del gobierno, que de las cámaras, que de la administración gubernamental. Detenerse cuando no se saben hacer las concesiones á tiempo, es legitimar la ingratitud por lo que se concede y no sacar de las concesiones provecho alguno. Negar á los católicos el derecho á intervenir en el gobierno de su patria, era hacer de ellos unos conspiradores, unos enemigos eternos

de los que hacían de ellos unos parias. Esto era tan evidente que Pitt resolvió continuar adelante y en prenda de su unión con el duque de Portland y demás whigs á él unidos nombró para virey de Irlanda al joven conde de Fitzwilliam. Pero éste, que no era hombre para las circunstancias, apenas puso los

piés en el país,—Febrero de 1795,—deseando hacerse popular rompió con todas las conveniencias y con lo expresamente pactado con el gobierno.

En efecto, á las veinticuatro horas ya había destituido á dos altos empleados de Hacienda, lo que era ofender personalmente á Pitt, su jefe, y faltar á



Asesinato de Gustavo III

lo convenido que era respetar á los funcionarios públicos todos en sus puestos. Luégo se rodeó de los jefes de la oposición mostrando gran preferencia por Grattan que fué quien presentó la proposición de que pudieran ser elegibles los católicos, y todas esas manifestaciones de simpatía juntas acabaron por exaltar á los que durante siglos vivían en Irlanda como en tierra conquistada y á quienes parecía inconveniente cambiar el estado de cosas establecido. Tan vivas fueron las reclamaciones y tan acres las censuras del gobierno que Fitzwilliam dió la di-

misión é ingresó en las filas de la oposición franca y abierta, es decir, que del lado de Portland que hubo de reprenderle, pasó al de Fox.

Pero, dicho se está, que si el gobierno salvó su situación, el gobierno quedó más que nunca comprometido en Irlanda, pues habiéndose desechado la proposición Grattan por la Cámara baja irlandesa, la revolución se hizo inminente, y la sociedad de los *Irlandeses-unidos* que se había ya formado en 1791, reforzada ahora con los irritados y los desechados, pudo creer que había llegado su momento.

Uno de sus principales jefes era el jurista Wolfe Tone, protestante disidente, pues éstos se habían unido á los católicos contra los anglicanos y esto significa el nombre de *Irlandeses-unidos*, pero á Wolfe se le complicó en un proceso de alta traición y se le hizo emigrar á América. Alejado Wolfe, su puesto lo ocupó lord Eduardo Fitzgerald, descendiente de una de las grandes familias de la isla, joven ilustrado, rico y valiente, separado del servicio por sus ideas republicanas. La liga, pues, tenía un grande nombre que la representaba y ésta se apresuró á regimantar las partidas espontáneas que la miseria, el odio á sus dominadores y los discursos de los clubs de París habían lanzado al campo para cometer á las sombras del misterio toda clase de excesos.

El gobierno contestó suspendiendo el *habeas corpus*, mas como con esto nada se adelantaba, los anglicanos se organizaron por su cuenta, y á los *Irlandeses-unidos* opusieron los *Orangistas* en conmemoración del gran príncipe de Orange, Jorge III, que les había dado la situación que ocupaban en Irlanda. Estos partidos eran también designados, los primeros, con el nombre de *defensores*, y los segundos, con el de *hijos del crepúsculo*, y sus gentes de armas tomar se batían casi todos los días por calles, plazas y campos sin ninguna consideración. Esto dió por resultado que de uno y otro lado se adoptase una organización militar secreta que principiaba, naturalmente, por imponer obediencia al Comité directivo y luego á los jefes nombrados por ésta, y luego exigía de cada asociado que estuviese armado ó con un fusil ó con una pica. En verano de 1796 pasaban de 100.000 los afiliados que tomaron por colores los de la isla el *verde*, mientras los orangistas tomaban, naturalmente, el *naranja*.

Los *Irlandeses-unidos* habían estado siempre en relaciones más ó menos íntimas con los revolucionarios franceses, así hallaran ahora fácil acogida sus jefes cuando se dirigieron formalmente al gobierno francés, al Directorio, para obtener su cooperación. Fitzgerald y O'Connor, se embarcaron secretamente para Francia, y en París convinieron con el gobierno que éste les mandaría un cuerpo de tropas considerable, al mando de Hoche, cuerpo que apenas hubiese pisado la isla correría á cargo del gobierno revolucionario de Irlanda, de modo que á Hoche se le destinaba á representar el papel de Rochambeau, sólo que éste se encontró en América con un Washington y Hoche iba á tener que serlo para Irlanda. Esto ocurría en Mayo de 1796.

Hoche principió desde luego á organizar su cuer-

po de desembarco que debían formarlos los veteranos de la Vendée y de Bretaña, dando desde luego un mando á Wolfe-Tone que había llegado de América, y al hijo del general Clarke, como éste emigrado irlandés. Clarke, padre, como veremos, era el hombre de confianza de Carnot. La expedición debía estar organizada para otoño, lo que daba tiempo á Inglaterra y á los irlandeses orangistas para concertarse y reunirse, así se formó en la isla un cuerpo de 37.000 voluntarios llamado de los leales, compuesto de pequeños propietarios, colonos, etc., que en lo político estaban á igual distancia de los orangistas que de los verdes, llevando por solo lema, el de la fidelidad é integridad de la patria. Pitt, pues, vivía rodeado de inquietudes y cuidados interiores en la época en que más activo aparece en Alemania por medio de Malmesbury y de Grenville. En esta situación se comprende que al ver perdida la Lombardía pensara en salir cuanto antes de la guerra, aunque fuera devolviendo las colonias que había tomado á los aliados de Francia, mientras Austria, humillada y vencida quería que persistiera en la lucha contra la revolución hasta que ella se hubiese indemnizado ó se le diera la debida compensación por lo que había perdido y además por lo que había ganado Prusia. Esta divergencia de ideas se manifestó desde los primeros pasos dados por Inglaterra.

Dieron Pitt y Grenville los primeros pasos para la paz cuando vieron á los franceses dueños de Suebia y de Francia, es decir, desde últimos de Julio. Al efecto se dirigieron á Prusia para saber con qué condiciones se podría hacer la paz, pero Haugwitz, que, como sabemos, se había comprometido con Francia, puso tantos reparos en responder á Hammond, el enviado inglés, que éste apurada la paciencia regresó á Londres.

Pitt no por esto desmayó, comprendía que le era necesaria la paz, y á ella le empujaba precisamente lo que sabía de una alianza próxima á concluirse entre España y Francia, por lo mismo que la conducta de España uniéndose á los regicidas, acababa de destruir lo que quedaba de la guerra de principios que la Europa monárquica había creído deber hacer á la revolución. Y tan convencida estaba Inglaterra que la lucha con España iba á estar inevitable que, en 2 de Setiembre, el duque de Clarence escribía á Nelson avisándole que debería retirarse la escuadra inglesa del Mediterráneo, porque era necesario enviar grandes refuerzos á las Indias Occidentales, y además convenía aumentar las fuerzas del Canal de la Mancha, para atender á la propia segu-

ridad de Inglaterra; tan inminente creía Inglaterra la proyectada invasión por la parte de Irlanda.

La alianza entre España y Francia se concluyó, y esto es sin disputa uno de los episodios más curiosos de la historia de la revolución.

Lo primero que se ocurre preguntar, es, si don Manuel Godoy mereció el título de Príncipe de la Paz por la de Basilea, ¿qué título merecía por la Alianza que á los catorce meses firmaba con la República francesa, alianza que nos iba á poner frente á frente de Inglaterra?

Nosotros creemos, como dice el valido de triste recordación en sus *Memorias*, que una vez se hubo firmado la paz de Basilea, tuvo que hacer extraordinarios esfuerzos para no vernos de nuevo empeñados otra vez en la guerra. Creemos «que promesas, amenazas, lisonjas, vituperios, ruegos, enredos en la corte, tentativas de seducción de toda especie, y oro sin tasa, cuanto habría pedido, nada fué perdonado por romper de nuevo nuestra paz inofensiva para ella y las demás potencias guerreantes.» Estaba en los intereses de Inglaterra volvernó á hacer tomar las armas, y por consiguiente hubo de hacerlo imposible para comprometerlos de nuevo.

¿Pero qué motivos, qué razones poderosas nos habían de llevar á hacer alianza con la República francesa, y por consiguiente á declarar la guerra á Inglaterra? Dejemos que el mismo Godoy se defienda dándonos á conocer los motivos que tuvo para una alianza que tan desastrosa había de ser para España.

Alega Godoy que durante la campaña, Inglaterra nos trató con marcado desvío, que en Tolón se condujo con nuestra gente, que dejaba abandonada, de una manera indigna; que siendo sus aliados, celebró con los Estados-Unidos el tratado de 24 de Noviembre de 1794 sin decirnos palabra, á lo que contestó Godoy con el tratado de 27 de Octubre de 1795 de amistad, límites y navegación con la gran República americana sin decir tampoco palabra á los ingleses; que á pesar del tratado celebrado con lord Saint-Helens para devolvernos recíprocamente las presas que nos hiciera Francia y que luego rescatáremos, Inglaterra se quedó con el galeón *Santiago* que había apresado el corsario francés *Dumouriez* con su cargamento por valor de noventa y seis millones de reales; «que fuimos sus aliados, y confiscaron, sin embargo, los efectos navales que comprados directamente por el gobierno español, conducían á nuestros puertos con bandera propia nuestra varios buques holandeses; que fuimos sus aliados, y nuestras costas se vieron infestadas de contrabando, hecho adrede y á tal grado, que nos aniquilaron un

gran número de fábricas; que fuimos sus aliados, y aprovechando nuestra paz y nuestra confianza, exploraban sus navíos nuestras costas en los dominios españoles de la América, organizaban allí el fraude, corrompían los naturales y disponían para adelante sus designios de usurpación comercial en los dos hemisferios.» Todo esto lo admitimos y reputamos exacto, y lo que es más, admitimos que hubiera razón suficiente para declarar la guerra á Inglaterra, ¿pero nos convenía esta guerra? ¿Francia era un aliado bastante seguro y bastante fuerte para embarcarnos en su política? Y aquí dejamos á parte si era digno y decoroso para una potencia católica, realista y borbónica, aliarse contra la Europa monárquica con una potencia excomulgada, republicana y regicida. Desde luego podemos decir que este último reparo debía en aquellos momentos imposibilitar á un gobierno monárquico, católico y borbónico unirse con Francia. Santo y bueno «que habiendo apurado el honor español la medida del sufrimiento,» declarase la guerra por sí solo, y á su cuenta y riesgo, aun cuando Francia saliera gananciosa, pero nunca reunir nuestras dos banderas. Pero ya hemos dicho que esto que puede tener un lado sentimental debe dejarse á un lado. La cuestión previa á resolver, era la de si Francia era un amigo bastante seguro y fuerte para comprometerlos con su alianza.

Godoy quiso cubrir su responsabilidad diciendo que todo se hizo de acuerdo con el Consejo de Estado, aumentado con varios generales de mar y tierra, y otros miembros del Consejo real y de Indias, y algunos diplomáticos. Todos sabemos cómo se manejan estas reuniones cuando se tiene buen cuidado de que no tenga asiento en ellas un conde de Aranda, y todos sabemos la importancia que debe darse á las comunicaciones diplomáticas cuando estas han de servir para fundar la opinión de un ministro, y por añadidura de un favorito. Agréguese á esto que el embajador de España en Londres, el marqués del Campo, era un anglofobo y que Iriarte era un demócrata, á quien ya se había castigado con la embajada de Polonia. Por consiguiente uno y otro debían ver las cosas de muy distinto modo del que convenía que lo vieran los que tan fácilmente podían comprometer el porvenir de España.

Iriarte al lado de Barthelemy había de dejarse ganar fácilmente por éste, porque, en efecto, España no había de poder continuar por mucho tiempo en paz con Francia é Inglaterra, ¿pero la alianza para una guerra marítima entre España, Francia y Holanda contra Inglaterra, tenía ahora mayores pro-